

EXPERIENCIA. INSURRECCIÓN DE LO SENSIBLE

CECILIA GRAÑA Y FEDERICA FOLCO¹

EL PROYECTO

Este texto tiene la intención de compartir parte de lo creado y producido en el marco de *Insurrección de lo sensible*, un proyecto de creación, investigación y escritura que relaciona reflexiones-prácticas que emergen de trabajar sobre *la experiencia*. Es un proceso colectivo que nace desde la danza y hoy está conformado por diversos saberes y haceres, han participado más de 500 personas. Sucede principalmente en Montevideo desde el año 2013, realizamos acciones en diversos espacios; plazas, playas, casas, instituciones educativas y culturales, teatros, calles en Uruguay, Brasil, Argentina, Chile, España, México, Portugal y Perú.

Surge como necesidad de actuar sobre lo que de manera común llamamos realidad, de revisarnos e intervenir para crear otras maneras de vivir. En esta búsqueda se nos hizo inevitable preguntarnos por la relación que establecemos con el entorno, especialmente con las otras personas. A esta relación nosotras la nombramos *experiencia*, es sobre esta que hemos trabajado estos últimos seis años en el marco de este proyecto.

Partimos del deseo de poner en cuestión *la experiencia* en las prácticas en danza, que luego se desborda y comenzamos a preguntarnos por la *experiencia* en nuestras vidas. Encarnamos las palabras y acciones que se nos presentan como necesarias para hacer posible este camino, creamos propuestas que son prácticas de movimiento abiertas, entrenamientos, obras y proyectos escénicos, talleres, metodologías, irrupciones, ciclos, meditaciones, cenas y textos conformando *Insurrección de lo sensible*.

Al preguntarnos por las relaciones que promovemos, necesitamos cuestionamos los modos de compartir, producir y crear, sus implicancias éticas y políticas. Promovemos colectivos generosos y solidarios, que nos invitan a buscar nuevos modos de hacer juntas.

Materializamos instancias singulares y efímeras, creando relaciones que nos permitan compartir este proceso, experiencias mínimas que disloquen las maneras habituales de sentir, espacios de incertidumbre que se instalen desde el afecto en la cotidianidad de nuestra respiración.

¹ Artistas independientes.

Con la intención de revisar las instancias en las que se producen las disputas por los sentidos e imaginarios, nos encargamos de las ideas, los relatos y sus implicancias. Asumiéndonos transdisciplinares entendemos que la *experiencia* necesita ser desbordada desde un pensamiento complejo. Nos dejamos atravesar por el enactivismo del neurobiólogo Francisco Varela, la performatividad de Butler; lo que puede el cuerpo de Spinoza; los haceres de la danza, los fenomenólogos Merleau Ponty y Heidegger; las cenas juntas; las neuronas espejo; los pases mágicos, el yoga, Clark, Chalmers y Noé sacándonos de la cabeza, la estética de Boal, los feminismos de Rita Segato y Silvia Federici, la experiencia del budismo. la teoría de los sistemas complejos, las emociones de Damasio, las respiraciones del Chi Kung, la teoría de los sistemas de desarrollo que Susan Oyama nos presenta, el lenguaje encarnado de Lakoff y Johnson, las meditaciones Zen y especialmente el sudor de Lamasa y de nuestros entrenamientos de lo sensible.

El pensamiento (encarnando lo desencarnado)

Profundizando en la pregunta por la *experiencia* se nos hace necesario detenernos en las diversas variables que la constituyen y determinan. La manera en que nos pensamos conlleva una propuesta ética, política, afectiva y por lo tanto experiencial de hacer con las otras, otros y lo otro. No somos ajenas a las ideas, conceptos, clasificaciones, categorías, juicios, valoraciones y creencias que nos habitan, las formas en que nos nombramos y nos nombran participan, evidentes o silenciosas, en todas las experiencias de nuestras vidas.

Asumiendo que lo mental es constitutivo de la *experiencia* y que la forma más habitual de presentarse en nuestras comunidades es el pensamiento racional analítico, nos propusimos investigar sus condicionantes e implicancias. Este nivel de la *experiencia* es el más atendido y estimulado; nombramos y explicamos todo. El resultado de esto es que nuestra *experiencia* está extremadamente determinada por lo que pensamos y por cómo lo hacemos.

En la cultura a la que pertenecemos las experiencias mentales están entrenadas sistemáticamente para ser pensamiento analítico, mecanicista, verdadero, jerárquico y claro. Pensamos en categorías y clases separadas, cargadas de valores incuestionables, intentamos explicar todo dentro de las coordenadas de la causa y sus efectos, introduciendo relaciones causales a todas nuestras conductas. Necesitamos estabilizar sistemas para poder predecir y controlar todo, sin detenernos en las consecuencias que puede traernos estabilizar sistemas esencialmente inestables como la *experiencia* o la conducta humana. Pensamos el tiempo de manera lineal, asumimos un pasado único y habitamos un presente siempre proyectando un

futuro predecible y garantizable, el cual solo llegará si logramos controlar todas las variables que anteriormente creamos. Esta manera de pensar no ha sido condición suficiente para crear comunidades de organismos solidarios, empáticos, dinámicos y diversos. Reproducimos el conocimiento institucionalizado construyendo fortalezas burocráticas del saber, creamos explicaciones que explican lo explicado anteriormente, habitando laberintos teóricos indescifrables. Somos hijas de esta sociedad occidental, cuya religión es la academia, su dios es la razón y su libro sagrado, el diccionario.

La manera habitual en que explicamos nuestra *experiencia* implica, entre otros, dos dualismos radicales y determinantes, el primero es aquel que separa nuestro pensamiento de nuestro cuerpo, que sigue teniendo consecuencias severas en nuestras vidas en términos éticos, afectivos y políticos. El segundo es concebirnos como sujetos separados del entorno, de lo que está ahí afuera, mantenemos un límite claro entre el mundo y nosotras. Somos ese sujeto tan bien establecido por la modernidad capitalista y liberal, individuos autónomos e independientes unos de los otros. Nuestra experiencia; ideas, emociones, deseos, acciones, células, están entrenadas (y cada vez más diseñadas) para reproducir esta manera de percibirnos, la cual es rentable para un sistema que nos quiere cada vez más individualistas, temerosas, sumisas, egoístas, institucionalizadas y obedientes.

Como alternativa a estos modos dualistas de explicar la experiencia, presentamos la teoría *enactiva*, que surge como posibilidad para distanciarnos de las construcciones heredadas de la modernidad. La teoría de la enacción, planteada inicialmente por el neurobiólogo y filósofo chileno Francisco Varela en su libro *Conocer* (1990) propone, en contraposición a las teorías tradicionales del conocimiento expresadas en las ciencias cognitivas, un rol activo de los organismos en la constitución de su experiencia. Para el enactivismo la experiencia está inscrita en la corporalidad, es la experiencia de un organismo enactuando en un mundo, es un proceso de regulación y desarrollo inscrito en la corporalidad biológica propia de todo organismo. Enactuar es poner en acto, el conocimiento es enactivo porque se adquiere en la propia interacción establecida entre el organismo y el medio ambiente. La experiencia es el acto de ser y hacer en el mundo, es la continua generación de sentido que los organismos producen durante su actividad y acción en el mundo. El proceso de cognición no debe reducirse a la recepción pasiva de información y representaciones simbólicas de un mundo fijo. El conocimiento surge de un continuo en la vida de los seres vivos, que en tanto sistemas, enactúan sus mundos significativos plenos de sentido.

El enactivismo se acerca a lo biológico resaltando el rol de la acción, el cuerpo y las habilidades sensoriomotrices en la experiencia. Se presenta como alternativa a las propuestas tradicionales de sujeto, objeto y su interrelación, proponiendo que la experiencia, el significado y el pensamiento, suceden en la continua interacción que se da entre el organismo y el medio ambiente, resultando así nuestro entendimiento del mundo. El enactivismo no separa al sujeto del objeto, ni la mente del cuerpo, propone un único sistema que es en el mundo y con el mundo. Cuestiona la teoría clásica de la representación que propone una entidad mental interna que se relaciona con el mundo exterior a través de lo que se denomina referencia. Para el enactivismo la representación es una función que implica un patrón flexible de interacciones entre el organismo y el ambiente. La conciencia es similar a la experiencia, la conciencia no es una función de nuestro organismo, sino que es una acción que se da en la relación que se establece entre el organismo y el medio ambiente.

La experiencia (el cuento que nos estamos contando)

Transitando el proceso de Insurrección de lo sensible decimos que es condición para la *experiencia* estar vivas y condición de estar vivas tener *experiencia*. Esta se nos presenta como una totalidad abierta en continuo movimiento y transformación. Lejos de ser un sistema estable, como intentamos desesperadamente que sea desde nuestra racionalidad analítica y mecanicista, y de poder definirse con las categorías aristotélicas, *la experiencia* es un sistema complejo en continuo devenir. No se puede reducir a la suma de las partes, ni a procesos lineales, es acción configurada por múltiples variables interrelacionadas, todo está participando en el mismo instante, lo que podemos decir y lo que del decir se nos escapa. La *experiencia* es la interacción entre el entorno y nuestra carne que piensa con un lenguaje encarnado, detenernos allí nos posibilita afectar el instante en el que el mundo nos produce y en el que nosotras producimos mundo.

LO SENSIBLE ES POLÍTICO

Lo político como transformador implica introducir otros sentidos a la realidad que promuevan nuevas relaciones, posibilitando una destrucción, transformación y redistribución de los haceres habituales que configuran nuestras vidas individualistas y capitalistas. Las prácticas artísticas tienen sentido para nosotras si podemos con ellas buscar estrategias y encontrar nuevos engranajes con los que podamos crear otras formas diferentes a las que tenemos de experimentar lo que llamamos de manera común, realidad.

El arte, en su intención de ser político se nos presenta como posibilidad para transformarnos, la dificultad que encontramos al accionar desde él, es que este opera mediado por un sistema ya establecido en las instituciones, prácticas y conocimientos legitimados por el orden social, que debilitan su potencia de ser político.

Las instituciones que hoy materializan, inevitablemente, la mayor parte de nuestras propuestas artísticas (museos, teatros, cines, productoras, galerías, fondos de incentivo, universidades, planes nacionales, clases, mercado, festivales), las impregnan con sus modos y sentidos. Esas mediaciones organizan y estandarizan los intentos de crear otras maneras de vivir.

Las propuestas artísticas requieren institucionalización, para poder hacer y para que ese hacer sea legítimo y visible, debe estar atravesado por su aval, marcado por la agenda del qué, el cómo y quienes. Heredamos de ellas su necesidad de ser en un sistema capitalista y neoliberal, asumiendo esto, nos toca decir, que hay algunas instituciones que, reconociendo esta condición, se posicionan de manera crítica ante su poder. No todas son iguales ni todas las personas que las hacen funcionar lo son. No siempre el acceso crítico a la dimensión ética y política es condición para la acción de quienes ejercen funciones en la institución.

Para poder financiar nuestras producciones artísticas y hacerlas circular debemos, en mayor o menor medida, haber sido previamente reconocidas y legitimadas por los poderes institucionales. Cuando hacemos atendiendo sus lógicas, organizamos nuestros deseos y afectos con la intención de responder como se espera que lo hagamos. Los modos establecidos de hacer se instalan en lo más profundo de nuestros organismos, llegando a desear pautadas por pensamientos estratégicos y mercantiles, debilitando el poder político y transformador de nuestras acciones.

Las maneras en que pensamos, sentimos y hacemos nos constituyen así como lo hace el entorno, especialmente las otras personas. Los modos en que vivimos nuestras relaciones implican ideas y reglas preestablecidas que a veces operan de manera evidente y otras de forma silenciosa. A este orden establecido lo sostenemos y perpetuamos desde todos los niveles de nuestra experiencia. En busca de alternativas proponemos lo sensible como espacio de disputa y creación. Ofrecemos experiencias colectivas para habitar esa posibilidad desde el hacer de un cuerpo común, plural y diverso. Revisamos juntas nuestras relaciones con las demandas del capitalismo de ser sujetos individualistas para habilitarnos a trascender el interés personal egoísta y desear hacer para un bien común. Desde el pensamiento sensible

sentir lo colectivo, los cuidados, el afecto y la solidaridad como estrategias para diluir nuestra identidad individual en lo común y vivir sintiendo que mi cuerpo es también el cuerpo de las demás. El sentido que tenemos del ser y el hacer lo creamos en comunidad y es en ella que podemos transformarlo. Aunque esto no es garantía, estamos haciendo esfuerzos y un refuerzo para lograr hacer desde otros deseos y al intentarlo estamos cambiando nuestras vidas.

Nos proponemos (el Baile que nos gusta)

Reaccionamos al reconocernos desde estos dualismos deseando habitar nuevas posibilidades de experimentar. Nos proponemos aprender a hacer siendo carne con el mundo, a vivir asumiéndonos una cocreación inestable producida por la interacción entre el mundo y nosotras, somos movimiento. Nuestra experiencia nos propone una ética que invita a sabernos siendo constituidas por las otras y lo otro, poniendo en crisis ese sujeto individualista que encarnamos.

Proponemos diversas acciones que disloquen las maneras habituales de hacer. Creamos instancias relacionales para actuar sobre nuestra experiencia, entrenar un pensamiento encarnado y habitar otros modos de hacer juntas. Desde la continua interrelación sensible, debilitamos nuestra racionalidad todopoderosa para asumir la fragilidad. Adormecemos la necesidad de juzgar, organizar y valorar, de la manera habitual, para que otra experiencia sea posible. Nos entregamos a la incertidumbre de un devenir presente siendo un colectivo de pensamientos, respiraciones, pieles, huesos, músculos, miedos, muerte y sudor, somos todo eso cada vez, cada instante, ahora, ahora, ahora, ahora. Habitamos un estado en que no hay que hacer, ese ser configurado desde la razón, lo mental se desorganiza, dejando la palabra jerarquizadora como susurro. Promovemos la irrupción de un pensamiento ubicuo que nos permita una presencia presente, en todo o no todo lugar y tiempo.

Accionamos con la atención en lo sensible y pensamos en el hacer experimentando la complejidad que es estar siendo en un mundo complejo. Creemos profundamente en prácticas que afectan nuestros organismos y establecen relaciones de movimiento colectivas. Creemos en sentirnos y percibirnos, mirarnos, olerlos, tocarnos, pensarnos... y relacionarnos.

Generamos la posibilidad de modificar nuestras relaciones con las categorías que implican las construcciones modernas del yo y de la voluntad. Creamos y recreamos continuamente modos de relacionarnos que no fijan categorías y no colocan por delante el imperativo y la tarea de nombrar y comprender desde racionalidades instrumentales o estratégicas. Desde el

hacer estamos fragilizando las emociones y las relaciones, fisurando una realidad que hemos aprendido a percibir como verdad estable y única, para poder crear otras experiencias que nos permitan vivir sintiendo que *mi vida no es solamente mía, también es la vida de las demás*.

BIBLIOGRAFÍA

Colectivo. Insurrección de lo sensible. Disponible en: <https://insurrecciondelosensible.blog/> (2018).

Varela. F. (1990). *Conocer*, edición castellana ed. Gedisa.